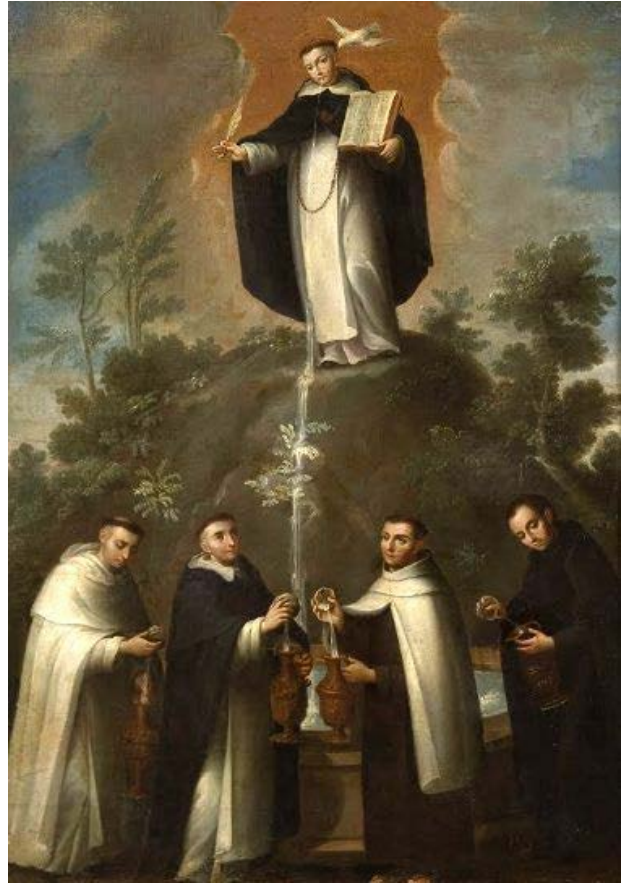


OPTANTES

In Luce Et Veritate



*La voz del
Evangelio
frente a
la guerra*



Predicación profética

H

ace algunas semanas, durante una rueda de prensa, el mandatario de los Estados Unidos, el presidente Donald Trump, afirmó que no le agradaba el papa León o, en sus propias palabras: “No soy un fan del Papa León” (BBC, 2026). Estas declaraciones de Trump surgieron como respuesta inmediata al discurso pronunciado por el Sumo Pontífice durante la vigilia de oración por la paz, convocada en el contexto de guerra que actualmente afecta diversas regiones del mundo, especialmente los territorios de Ucrania, Gaza, Palestina e Irán.

En su discurso, el papa León enseñaba cómo la oración, lejos de constituir una forma de apartar



la mirada de los problemas del mundo, representa una respuesta real y concreta frente a los signos de muerte que buscan imponerse en la historia. Cuando el pueblo de Dios ora, manifiesta en sí mismo la vida nueva de Aquel que ha vencido la muerte mediante su resurrección gloriosa. De este modo, es posible afirmar que, ante la guerra, la oración puede convertirse en un auténtico llamado a la vida.

En estas circunstancias, y como muestra de obediencia a aquel mandato bíblico que exhorta a las comunidades a orar especialmente por los gobernantes y por todos los que ejercen autoridad (cf. 1 Tim 2,2), entre las múltiples intenciones propuestas por el papa durante su mensaje, se dirigió particularmente a los líderes del mundo en los siguientes términos:

“Queridos hermanos y hermanas, sin duda los gobernantes de las naciones tienen responsabilidades ineludibles. A ellos les gritamos: ¡deténganse! ¡Es tiempo de paz!

¡Siéntense en mesas de diálogo y de mediación!, no en mesas donde se planea el rearme y se deliberan acciones de muerte”
(*La Santa Sede*, 2026).

No hace falta detenerse demasiado en el texto para reconocer que probablemente allí se encuentra el origen del disgusto manifestado por el presidente Trump durante la rueda de prensa, en la cual calificó al Romano Pontífice de “débil” y “muy liberal”. Por su parte, en medio de su viaje con rumbo al continente africano, el papa León se limitó a responder que lamentaba escuchar tales declaraciones, pero que continuaría desempeñando lo que considera “la misión de la Iglesia en el mundo” (Clarín, 2026).

Esta confrontación, además de carecer de precedentes en la historia reciente de la Iglesia, permite profundizar en la denuncia de un mundo que reclama vivir en paz por encima de cualquier interés económico que pretenda justificar la guerra. Desde allí es posible entrever un rasgo

esencial de toda predicación fiel al Evangelio: su dimensión profética.

La Sagrada Escritura enseña, especialmente en el Antiguo Testamento, que los profetas eran aquellos que hablaban en nombre de Dios, recordaban la alianza establecida con el pueblo, denunciaban el pecado y la injusticia mediante un constante llamado a la conversión y servían de esperanza gracias al anuncio de la salvación. Este profetismo alcanza su plenitud en Jesucristo, quien, en su enseñanza, contiene plenamente la Ley y los Profetas (cf. Mt 22,40). A su vez, el Nuevo Testamento permite reconocer que esta dimensión profética de Cristo es transmitida a la Iglesia naciente por medio del Espíritu Santo, como un don que anima y guía a la comunidad hacia el cumplimiento de la voluntad divina.



La Iglesia reconoce hoy que, en virtud del bautismo, “el pueblo santo de Dios participa también del carácter profético de Cristo” (LG, 12) y, por lo tanto, posee la misión de hablar en nombre de Dios mediante el anuncio del Evangelio; denunciar el pecado y la injusticia cometidos contra el prójimo; llamar a la conversión por medio de la aceptación de Jesucristo como Señor y Salvador de la historia humana; y servir como signo de esperanza, revelando la libertad propia de los hijos de Dios.

Como Orden de Predicadores, nuestras Constituciones reconocen que, en cuanto cooperadores del orden episcopal, “tenemos como oficio propio la función profética” (LCO, 2010, I, V). Ya el Maestro de la Orden, Carlos Aspiroz Costa, reflexionaba sobre este aspecto en su texto *El anuncio del Evangelio en la Orden de Predicadores*, publicado en las Actas del Capítulo General de Cracovia del año 2004. En uno de sus apartados, al presentar las características de la predicación y las actitudes propias del predicador, Aspiroz enseña que la predicación profética en la Orden no se caracteriza por el anuncio del propio conocimiento, sino por la proclamación íntegra del Evangelio, prestando especial atención a los signos de los tiempos, particularmente visibles en el clamor de los oprimidos y marginados, así como en el silencio de quienes carecen de voz y viven sumidos en la desesperación.

En consecuencia, considero que optar por la verdad, tal como lo propone la presente edición de la Revista *Optantes*, exige una profunda conciencia del carácter profético de nuestra predicación dominicana. En numerosas ocasiones es posible percibir preocupación y desánimo en nuestras comunidades, debido a la evidente desconexión y al escaso impacto que nuestra predicación parece tener en las nuevas generaciones. En este sentido, valdría la pena preguntarnos si la visión de futuro que proyectamos mediante nuestro estilo de vida es verdaderamente radical



y evangélica o si, por el contrario, se encuentra tan absorbida por las dinámicas de este mundo como los mismos jóvenes a quienes nos dirigimos. Resulta evidente que, en la medida en que nos mundanizamos, perdemos también nuestra capacidad profética.

Lo acontecido entre el papa León y el presidente Trump, más allá de la crisis diplomática que ello representó, no constituye un hecho extraño dentro de la historia de nuestra Orden. Basta contemplar el ejemplo y la determinación de figuras como Antonio de Montesinos, Bartolomé de las Casas, Pedro de Córdoba, Girolamo Savonarola o Catalina de Siena para corroborar que han sido numerosos los hijos e hijas de santo Domingo que, fieles al carisma de la predicación, no han dudado en alzar la voz frente a las circunstancias



y los interlocutores que necesitan ser denunciados e iluminados por la verdad de Jesucristo.

Corresponde ahora retornar a la naturaleza profética de nuestra vocación, sabiendo reconocer los signos de los tiempos que reclaman de nosotros una adhesión cada vez más profunda al mensaje del Evangelio. En ello radicará la consistencia de cualquier determinación auténtica por ser luz y verdad para el hombre y la mujer contemporáneos.



*Fray Cristian David
Carrasco Muñoz, O.P.*